

Marshall, March y Oberon dan lustre a “El Ángel de las Tinieblas”

Este número inicial de “CINE – ACTUALIDAD” está plagado de citas, de alusiones y remembranzas de la cabeza a los pies. Erudición y memoria que le brotan a uno por todos los poros. Y que – no crean que no lo advertimos – se sospecha que ha de resultar algo cargante a los lectores. En tal caso ¿cómo vamos a hacer para decirles a Uds. que esta es la versión parlante de “El ángel de la muerte”, primera película que salieron juntos Ronald Colman y Vilma Banky a estremecer a las espectadoras románticas de hace diez años? Preferimos ahorrarnos el dato ilustrativo y olvidar que aquel dramita resultó excesivamente sombrío y tenso, bajo las alas de aquel ángel simbólico con que se seguía la moda de las sugerencias cinematográficas de aquel entonces. Porque si lo hacemos no habrá quien nos salve de la rechifla.

Vamos a ocuparnos, pues, de lo mucho bueno que hizo ahora Sydney Franklin con esta pieza teatral de Guy Bolton.

Turno de sacrificios en el lienzo

El asunto de “El ángel de las tinieblas” – considerablemente mejorado para la versión parlante, aunque todavía algo inverosímil – cuenta uno de estos amoríos infantiles que se supone sin consecuencias y que, cuando los protagonistas llegan a esa edad “en que los tigres bajan a beber”, las tienen y de primera. Kitty, primero de niña y luego ya mayorcita, ama a Alan y es amada por Gerald. En la víspera de su partida para la guerra – después de una licencia – Alan “descubre” que también la quiere y se lo dice. Las cosas no están para románticas esperas y como no hay tiempo para obtener el necesario permiso para el casamiento, Kitty y Alan deciden contraer nupcias por cuenta propia. Eso sí, no lo hacen por detrás de la Iglesia, sino por delante, pues ante la puerta de la casa de dios pronuncian ambos sus votos matrimoniales. En camino a Dover, al día siguiente, Gerald descubre que Alan ha pasado la noche anterior en compañía de una dama y, sublevado ante lo que supone una traición a Kitty, niega más tarde la licencia que su compañero, y luego subordinado, pide a objeto de volver a casarse “de veras” con su novia. Y en cambio le lo designa para una peligrosa misión en el frente.

Decretado el armisticio, Gerald vuelve solo a Inglaterra mientras que Alan, que todos suponen muerto y que sólo ha quedado ciego, se deja convencer por el director del instituto de enfermos de la vista en el sentido de que vuelva a los suyos. A un paso del pueblo natal, se arrepiente de la decisión y se encierra – pero en buena compañía, con una agradabilísima secretaria – a escribir cuentos para niños. Ahí van a sorprenderlo sus amigos de la infancia, avisados por el director del Instituto, pero Alan finge que esta perfectamente bien y que sólo ha sufrido un ataque de desamor y frialdad. Kitty, a pesar de estar a punto de casarse con Gerald, no se convence y éste descubre oportunamente la treta del sacrificado amigo, arrojando a la heroína en brazos de su amado.

Desprendimientos por doquier, como se ve. Tan lejanos de todo el egoísmo y la ferocidad de la vida cotidiana, que complace siempre verlos, aunque sea de mentira, en la pantalla, donde por lo general lo llevan a cabo héroes de noble apostura y señoras que, en la vida real, suscitarían en vez de sacrificios, múltiples aporreamientos.

Cristales luz, romanticismo y torneo interpretativo?

En una atmósfera como de cristales claros, en la que se entra y avanza el quieto y poético paisaje inglés – inventado esta vez en Hollywood con todas las de la ley – se desliza este drama que Sydney Franklin ha conducido con su elegante sentido de lo romántico, siempre seguro y fino en la exposición. Franklin no es afecto al abuso de las notas sentimentales y en “El ángel de las tinieblas” mantiene su estilo, prestándole el renovado prestigio que pueden darle varios intérpretes de primer orden. La luz desborda en sus composiciones fotográficas – donde le ojo vigilante de la cámara de Gregg Tolland capta siempre lo necesario para “dar” el ambiente y el tono: el sentido de la continuidad preside la acción, que no pesa a todo lo largo - ¡y que largo! – de la cinta; el diálogo alardea frecuentemente de ingenio y, cuando llegan los momentos serios, les presta tensión con su parquedad. Todas virtudes que dan ángel a este “Ángel” y a las que se añaden las de la interpretación. Gánase párrafo aparte, a este respecto, Herbert Marshall, emotivo, intenso, con un sentido dramático en el desempeño de su parte que llega a penetrar firmemente al espectador sin que aflore en sus gestos y en su mímica – supremo ideal del actor moderno – Y lo acompaña, en un “cabeza a cabeza”, Fredric Marc que, inteligente y rico de recursos, se mantiene en su nivel de primer actor, amén de Merle Oberon. Dejándose de aspirar a pintura de Reynolds o a mulata estilizada – como lo hiciera alternativamente en “La pimpinela escarlata” y “Folies Bergére” – ésta abandona la preocupación de la plástica para ser en “El ángel de las tinieblas” una mujer, y realizar así uno de los esfuerzos más respetables de la temporada. Porque ser mujer en una encrucijada dramática de esta naturaleza y frente a Marshall y March significa dar, en un solo volumen del personaje, las notas de ternura, romanticismo, inquietud, sensualidad, dolor, ausencia y desesperación que su Kitty reclama. Y Merle las da. Sin haber ahondado aún del todo en su temperamento – que quizá reserve vetas todavía más ricas – la joven interprete ha alcanzado ya un plano de espontaneidad y sensibilidad frente a la cámara que hacen esperar muchísimo de ella. Del largo reparto de este “film”, con el que se pasaran Uds. una hora y media totalmente sumidos en problemas sentimentales y recreando el ánimo en la espiritada frescura de la campiña británica, o lo que sea, - tanto absorben la atención asunto y ambiente en “El angel de las tinieblas” – sobresalen John Halliday, que también se está humanizando a ojos vistas, y las pequeñas Cora Sue Collins y Fay Childecott, recientes adiciones en la legión en las que aspiran a hacer tambalear el trono de Su Majestad Shirley Temple.

R.A.D.